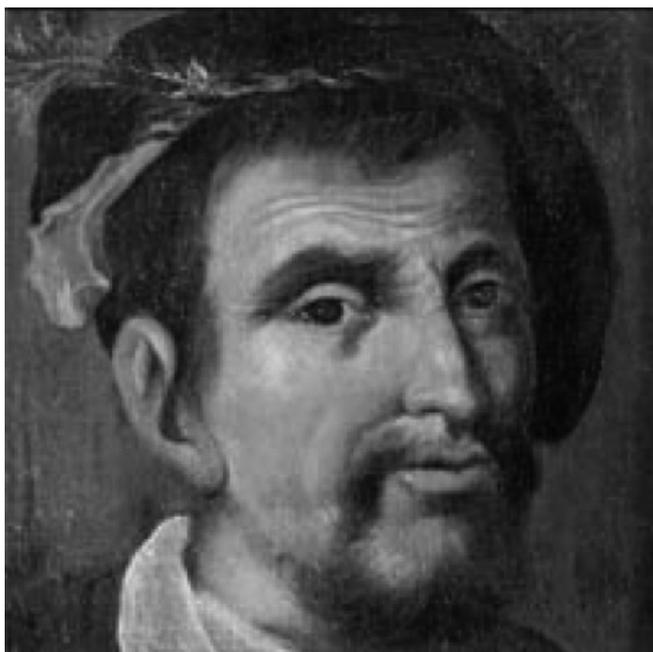


## HERNANDO, EL COLÓN CORDOBÉS.

Antonio Prieto Navarro



Hernando Colón nació en Córdoba el 15 de agosto de 1488, en la casa que su familia materna, los Enríquez de Harana, tenían en la collación de Santo Domingo de Silos, siendo bautizado en la propia iglesia de Santo Domingo.

Fue educado por su madre, Doña Beatriz, mujer muy instruida, caso extraño en su tiempo pues muy pocas mujeres sabían leer y escribir, que le inculcó el amor a las letras y la lectura, despertando en él una gran afición por los libros, la cual conservó hasta los últimos días de su vida.

Aunque algunos autores definen la personalidad de Hernando Colón como contradictoria y difícil, otros dicen de él que era una persona generosa, emotiva, inteligente, muy metódica, meticulosa, ordenada y muy realista.

Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, primer Cronista del Nuevo Mundo, dice de él: *“Hernando es un virtuoso caballero, y demás de ser de mucha nobleza e afabilidad e dulce conversación, es docto en diversas ciencias, y en especial en cosmografía, y de quién la cesárea majestad hace cuenta méritamente, tratándole muy bien y favorecidamente”*.

Son muchos los historiadores, como fray Bartolomé de las Casas, Esteban de Garibay, Nicolás Antonio, Diego Ortiz de Zúñiga, Antonio Herrera, Andrés de Morales y Padilla, fray Pedro Simón, etc. que proclaman la paternidad de Cristóbal Colón y Beatriz Enríquez de Harana como progenitores de Hernando Colón.

Siendo los historiadores de finales del siglo XIX y comienzos del XX los que, investigando este asunto, sacan a la luz la total y verdadera historia sobre Hernando. Entre ellos José María Asencio y Toledo, los franceses Henry Harrise y Henry Vignaud, los norteamericanos John Fiske y Justin Winsor.

Aunque es el cordobés José de la Torre y del Cerro (21/5/1876, 16/4/1959), quién completa la investigación sobre Hernando y su madre, estableciendo contundentemente la no celebración del matrimonio entre el Almirante y doña Beatriz, por lo que se afirma que Hernando fue hijo natural del Almirante.

Existe en el Archivo de Protocolos de Córdoba, un documento asignado con el número 42, referente a una escritura otorgada por Hernando, en la que dona a su primo Pedro de Harana, los bienes raíces que había heredado de su madre, en la aldea de Santa María de Trassierra.

Hasta la edad de seis años Hernando vivió en Córdoba con su madre y con su hermano mayor Diego, al cual el Almirante había dejado al cuidado de Doña Beatriz, ocupado él en sus viajes de descubrimiento y colonización en el Nuevo Mundo, por lo que durante esos años vio muy pocas veces a su padre.

Como quiera que el Almirante había acordado con los Reyes Católicos, que sus hijos pasarían a la Corte para ser pajes del Príncipe Juan, a comienzos de 1494, ordenó a su hermano Bartolomé, el Adelantado, que recogiese a sus hijos de Córdoba y los acompañase a la Corte que en aquellos momentos se hallaba en Barcelona.

Ese rango de paje del Príncipe Juan llevaba aparejado, aparte de una muy especial educación, un salario bastante decente y elevado, una buena alimentación y elegantes vestidos y, lo que era más importante, al aceptarlo los Reyes en su Corte, Hernando quedaba

legitimado como hijo del Almirante, adquiriendo desde ese momento todas las honras de su padre y haciéndose partícipe de su herencia y dignidades. Ambos hermanos quedaron en la Corte durante ocho largos años, primero como pajes de Don Juan y, después de la prematura muerte de éste, como pajes de la Reina Isabel.

A la edad de catorce años, Hernando acompañó a su padre el Almirante y a su tío Bartolomé, el Adelantado, en su cuarto viaje al Nuevo Mundo en el año 1502, siendo el primer viaje de su vida, sin haber pisado nunca un barco, y dejando en él un tremendo impacto, por su juventud y por los aciagos y crueles momentos vividos en él, ya que fue el peor y más desastroso viaje del Almirante a las Indias, con rebeliones y sediciones incluidas por parte de su tripulación y por la zozobra de sus barcos en la isla de Jamaica, donde tuvieron que esperar durante un año a que los rescatasen.

La familia materna de Hernando, los Enríquez de Harana, eran labradores de Córdoba y gozaban de una cómoda situación económica. El Almirante trabó relaciones con esta familia a través de amigos comunes y por dos tíos de Hernando: Diego, primo de su madre, y Pedro, hermano de ella.

Cristóbal Colón había venido a Córdoba siguiendo a los Reyes Católicos, que durante aquellos años de la guerra de Granada tenían en esta ciudad la sede de la Corte, presentándose en Córdoba el 20 de enero de 1486, aprovechando desde el primer día para crearse relaciones y amistades, atrayéndose a los que por jerarquía e influencia podían facilitarle el acceso a los soberanos.

La madre de Hernando había quedado huérfana muy pequeña, con tan sólo cuatro años de edad, siendo sus padres Pedro de Torquemada y Ana Núñez de Harana, vecindados en la aldea de Santa María de Trassierra, donde poseían su hacienda: unas casas con lagar, una huerta y varios viñedos.

Encargándose en 1478 de su educación, tutela y crianza, así como la de su hermano Pedro, su abuela materna doña Leonor Núñez y su tía Doña Mayor Enríquez de Harana, la cual les dio a ambos una buena educación cristiana y una gran instrucción.

Al fallecer su abuela y su tía, Beatriz y su hermano tuvieron que pasar a la tutela de otro tío, Rodrigo Enríquez de Harana, persona que figuraba mucho en Córdoba, pero cuyas costumbres y modos de proceder no eran los más recomendables para asumir el cargo y llevar la dirección de dos jóvenes que se habían educado bajo otros principios y en más sano ambiente.

Don Rodrigo había tenido de su primer matrimonio con doña Constanza un solo hijo, Diego de Harana, a través del cual el Almirante entró en contacto con dicha familia, acompañando al Almirante en su primer viaje a

las Indias, el del descubrimiento en 1492, y al que dejó al mando del Fuerte de la Navidad, el cual construyeron con la madera y clavazón de la nao Santa María, que se había hundido aquella Nochebuena.

A las reuniones y conversaciones que se mantenían en la casa que los Harana tenían en la calle Morería, entre el Almirante y sus amigos, asistía doña Beatriz en la sombra de algún rincón de la estancia, escuchando atenta y calladamente a aquél hombre aventurero y viajero incansable que contaba cosas extrañas e inimaginables, así como grandes proyectos que le supondrían, si los llevase a cabo, alta gloria y gran fortuna, enamorándose lenta y perdidamente de él, teniendo tan solo entonces 19 años.

Cuando Hernando y Diego fueron llevados a la Corte llegaron a estar muy unidos, aunque todos sus tutores y profesores les tenían un trato y cariño muy especial, particularmente a Hernando. Entre ellos, Fray Diego de Deza, maestro del príncipe y de los pajes, posterior arzobispo de Sevilla y con el que Hernando tuvo una gran relación y amistad, quién les había informado detalladamente de las costumbres y normas por las que debían de regirse. También el ama del príncipe Juan, doña Juana de Torres, que era una mujer muy inteligente y de un gran corazón, les trató con especial afecto y aprecio y la cual le profesaba a Hernando un amor rayano en lo maternal. Finalmente fueron gratamente recibidos y educados por Pedro Mártir de Anglería, gran humanista italiano y amigo y confidente del Almirante. Sin duda fue él quien sembró en el ánimo de Hernando la semilla del pensamiento innovador renacentista, encontrando en su magisterio el pábulo más que suficiente para su innata curiosidad universalista.

En aquella “especial” escuela real tuvo Hernando también de profesor a Lucio Marineo Sículo, otro humanista e historiador siciliano, al que llamó el Rey Fernando para nombrarlo capellán suyo y cronista, encargándose igualmente de la educación del Príncipe y las Infantas, como así de todos los pajes que les acompañaban.

Tenían igualmente de compañeros a algunos hijos y herederos de grandes familias de España y servidores de la Corona, y, por supuesto y como más importantes, a las infantas Catalina, Isabel y María, que junto a su hermano Don Juan, Príncipe de Asturias y heredero al trono, daban el mayor toque de distinción a tan singular escuela.

En una carta del Almirante a su hijo Diego, le dice sobre Hernando: *“De tu hermano haz mucha cuenta; él tiene buen natural y ya deja las mocedades; diez hermanos no te serían demasiados; nunca yo hallé mayor amigo a diestro y siniestro que mis hermanos, y por mayor cumplimiento envió allá a tu hermano, que bien que él sea niño en días, no es así en el entendimiento. A tu tío Bartolomé ten en acatamiento que es razón, y a tu*

*hermano allega como debe hacer el hermano mayor al menor; tú no tienes otro, y loado sea nuestro Señor, éste es tal que bien te es menester ya que ha salido y sale de muy buen saber”.*

En su testamento, el Almirante recomendó muy especialmente al cuidado de su hijo Diego, a la madre de Hernando, doña Beatriz Enríquez, *“porque no habiendo sancionado el matrimonio su enlace con ella, quería que se la proveyese para su respetable manutención, por el descargo de su conciencia y porque pesaba gravemente sobre su alma aquella no deseada situación”.*

Hernando acompañó a su hermano Diego en su viaje a la Española para la toma de posesión como Gobernador, en el que sería su segundo y último viaje al Nuevo Mundo, acompañado por su cuñada doña María de Toledo y por sus tíos Bartolomé y Diego, embarcándose en Sanlúcar de Barrameda el 9 de junio de 1509 y permaneciendo en la isla durante seis años.

En tanto que Hernando y su hermano Diego instaban por una audiencia para vindicarse en la Corte, murió el rey Don Fernando, en el pueblo de Madrigalejo, en la provincia de Cáceres, el 23 de enero de 1516, nombrando sucesor a su nieto el príncipe Don Carlos que estaba en Flandes y que era hijo de la reina Doña Juana y del rey Felipe I de Austria.

Hernando acompañó al Rey Carlos a Flandes y Alemania, donde iba a ser investido en Aquisgrán como Emperador, viajando hasta Flandes para visitar Gante, la ciudad natal del emperador. Hernando aprovechó aquella ocasión y viaje para comprar libros en las principales poblaciones donde estos se imprimían, acudiendo preferentemente a los lugares más prestigiosos, dirigiéndose a otras ciudades librerías de Alemania, Suiza o incluso Inglaterra e Italia, siendo nombrado en aquél viaje por el Emperador, cosmógrafo oficial de la Corte.

Cuando Hernando volvió a Sevilla, el 24 de marzo de 1522, se encontró con la desgraciada noticia de la muerte de su madre acaecida apenas unos meses antes. Doña Beatriz había sido una mujer que durante los pocos años de mutua convivencia, le había dado todo su amor y comprensión, ya que había estado totalmente dedicada y entregada a él, al no tener cerca un marido al que atender y cuidar. Tan solo había vivido intensamente el amor marital durante cuatro años que había durado la permanencia del Almirante en Córdoba, en los que Hernando había venido al mundo.

Ella nunca quiso ser un estorbo en los planes del Almirante, ni opuso el menor reparo a los grandes ideales del mismo. Comprendiendo que era un gran hombre predestinado por la historia para realizar sus trascendentales y gloriosos descubrimientos, intentó pasar desapercibida por su vida para no interferir en lo más mínimo en tan excelsas gestas.

La faceta o parte de la vida más importante de Hernando Colón es sin duda alguna la de bibliófilo, ya que su pasión por los libros hizo que les dedicase la mayor parte de su existencia. Se dedicó a buscarlos por toda Europa, a comprarlos, a leerlos y estudiarlos, a hablar con sus autores si estos vivían aún, a catalogarlos, describirlos y resumirlos. Cada libro tenía para él su importancia particular, sabiendo dónde lo había comprado, lo que le había costado o quién se lo había regalado, dejando fiel y escrita relación en su especial catálogo personal creado para su biblioteca.

El Consejo de Estado no comprendió su trabajo geográfico y demográfico de las ciudades españolas, al que había titulado *“Descripción y Cosmografía de España o Itinerario”*, por lo que le ordenaron dar fin a sus viajes por España y, consecuentemente, a las descripciones, temerosos quizás del acopio de semejante información por su parte.

Sin embargo, su relación con el Emperador siguió siendo buena durante toda su vida. En una ocasión el Soberano le propuso personalmente ser miembro de la comisión mixta hispano-lusitana que se reunió en Badajoz para decidir la propiedad de las Islas Molucas. También le contrató como miembro de la comisión regia que debía componer un Mapamundi que debía ser utilizado por la Casa de Contratación de Sevilla, poniéndose de manifiesto, una vez más, la excelente consideración que su majestad le tenía.

En el año 1535 comenzó a escribir su gran obra *“Historia del Almirante Cristóbal Colón”*, donde relataba y detallaba todos los hechos concernientes a la vida de su padre, muchos de ellos vividos por él, y otros sacados de sus cartas y documentos. Sin duda esta obra, lo quieran algunos o no, ha sido y será piedra angular del descubrimiento y la historia del Nuevo Mundo.

A su biblioteca llegaban muchos intelectuales españoles y extranjeros para consultar y estudiar hechos y materias. Consultas que le producían una gran satisfacción porque en muchos casos se trataba de grandes científicos o humanistas como, por ejemplo, Don Nicolás Clenard o Don Juan Vaseos, para los que organizaba en su honor veladas literarias y de los que también adquirió muchos conocimientos.

Las dimensiones de su biblioteca fue tal, que tuvo que sacar los libros de la anterior ubicación en el colegio y academia de matemáticas y edificar desde 1527, un palacio junto al río, en la Puerta de Goles, frente al monasterio cartujano de Las Cuevas, para ubicarla en él, consiguiendo una señorial mansión de dos plantas con una fachada renacentista en piedra, teniendo además una gran huerta y un jardín tropical, en el que se exponían una amplia variedad de especies vegetales traídas del Nuevo Mundo, paralelo a la ribera del Guadalquivir, siendo elogiado por todos los habitantes de la ciudad y

constituyendo un hito en el itinerario previsto para cualquier ilustre visitante de la ciudad de Sevilla. En él sería enterrado al poco tiempo de su construcción, su padre el Almirante.

El germen de la biblioteca fueron los doscientos treinta y ocho primeros volúmenes que le donaron su padre y su tío Bartolomé en 1509, que procedentes del Nuevo Mundo le llegaron guardados en cuatro arcas. Luego fueron sumándose multitud de obras, entre ellas algunas muy raras y famosas, como por ejemplo "*De consuetudinibus et conditionibus orientaliun regiorum*", de Marco Polo, en una impresión en italiano realizada en Amberes en 1485 y que era la primera impresión de la traducción latina, hecha por fray Pipino de Bolonia; o un libro xilográfico de título "*Ars Morandi*", realizado en Alemania en 1470, que representaba el paso intermedio entre el manuscrito y el impreso al estar tallado en un bloque; o la "*Historia rerum ubique gestarum*", escrita por Eneas Silvio Piccolomini, que fue Papa con el nombre de Pío II, e impresa y publicada en Venecia en 1477, que le había regalado su tío Bartolomé; u obras también de autores muy renombrados, como "*La caída de principes*" de Bocacaz, traducida por Don Pedro López de Ayala e impresa en Sevilla en 1495; "*Aelii Antonii Nebrissensis grammatici Cosmographia*", de Don Antonio de Nebrija, publicada en Salamanca en 1498 y también su "*Gramática*" del año 1492; o también el "*Tractatus de Imagine Mundi, (Imago Mundi)*", del cardenal Pierre d'Ailly (Aliaco), editada en Lovaina en 1480, tratándose de un compendio de dieciséis tratados sobre cosmografía y geografía.

También adquirió obras de autores grecorromanos, como la "*Eneida*" de Virgilio, impresa en Strasburg en 1515; o la "*Geografía*" de Tolomeo, impresa en Roma en 1507; o la "*Historia Natural*" de Plinio el Viejo, traducida al italiano por Cristóforo Landino, publicada en Venecia en 1489; o también la "*Vidas de ilustres varones*", de Plutarco, en traducción al castellano de Alonso de Palencia, editada en Núremberg en 1491; la "*Tragedia*" de Lucio Anneo Séneca, impresa en Venecia en 1510. Y

obras medievales como el Códice de Petrarca "*De secreto conflictu curarum*", una edición francesa de cuarenta y ocho hojas en pergamino, con escritura gótica; y también otro libro muy apreciado por él, como era un "*Libro de Horas*", de origen también francés y que le recordaba siempre a la reina Isabel, pues ella poseía otro magnífico ejemplar, donde Hernando aprendió tanto en sus años adolescentes, cuando era paje de la Reina.

Se relacionó con grandes eruditos y humanistas como Erasmo de Róterdam, al que conoció y trató en su viaje a Lovaina con el Emperador, que le regaló y dedicó su famosa obra "*Antibarbarum liber*". De su extensa conversación mantenida con Erasmo surgió la idea de crear una biblioteca universal, cuyo propósito sería el de juntar todos los libros publicados hasta entonces, aunque ello le supusiese un objetivo casi imposible de conseguir.

Contactó también con otros muchos humanistas y hombres de ciencia, como Nebrija, Pérez de Oliva y Ginés de Sepúlveda. Allí conoció igualmente a Alberto Durerro, que se encontraba por aquél entonces en Bruselas y del que recopiló varios de *sus grabados*.

Carlos V dijo de su biblioteca que era la más importante de España, aunque otros círculos culturales peninsulares y europeos manifestaron entonces, y posteriormente, que era la mejor biblioteca privada del siglo XVI, llegando a tener más de quince mil libros.

Hernando Colón otorgó testamento en Sevilla, ciudad donde residió gran parte de su vida, el día 3 de julio de 1539, legando su biblioteca a su sobrino Luis, hijo de su hermano Diego. En dicho documento nombró por tres veces a su primo Pedro de Harana, al que le unía un gran afecto y cariño, dejándole un legado de doscientos ducados. Hernando murió en dicha ciudad de Sevilla el día 12 de ese mismo mes y año, a la pronta edad de cincuenta y un años, rodeado de sus libros y recuerdos de juventud.